

CUENCA TORIBIO, José Manuel. *Ocho claves de la historia de España contemporánea*. Madrid. Ediciones Encuentro. 2006 (2ª Edición), 255 pp.
Por José Manuel Ventura Rojas

Ajustándose al viejo proverbio, «no están todas las que son pero son todas las que están», la selección de «claves» que componen la presente obra obedece fundamentalmente a dos razones.

Una de ellas es la necesidad de no dilatar más de lo debido la extensión de un libro que se pretende mediana-pequeña. La otra, y quizá más importante, estriba en revisar y revalorizar determinados episodios de la España contemporánea cuya trascendencia histórica es inversamente proporcional a la atención de la que deberían haber sido objeto por parte de la investigación en los últimos años. Este último rasgo se aprecia con mayor intensidad en los capítulos que se refieren al siglo XIX. La «década ominosa» es, sin duda, el período que se ajusta en mayor medida a lo dicho. Transcurridos treinta y cinco años desde la publicación del tomo correspondiente al reinado de Fernando VII de la *Historia de España* de Menéndez Pidal, el caudal —y en algunos casos la calidad— de las obras sobre dicho decenio aparecidas desde entonces es tan exiguo como insuficiente. De ahí la visión algo «chafarrinesca» que, según el autor, pueda ofrecer este primer capítulo. Empero, la excelente exposición y referencias, así como las copiosas sugerencias del mismo disuelven cualquier idea negativa. Es importante advertir que, tanto en ésta como en las restantes secciones que conforman la obra, el aparato crítico ha sido deliberadamente reducido a mínimos, facilitando su lectura. Tan sabia medida se lleva a feliz término sin mermar un ápice el rigor y la acribia en la selección y el manejo de las fuentes y la exposición de contenidos.

Retornando al tema del primer capítulo, uno de los factores que ha entorpecido la labor de los investigadores de la política en la época fernandina ha sido el secretismo y doblez, intriga y clandestinidad de muchos de sus episodios y protagonistas, empezando por el monarca. En el terreno de la pscohistoria, se deja sentir la necesidad de trabajos que nos ayuden a desvelar con mayor detalle el desenvolvimiento de la compleja y esquiva personalidad de Fernando VII. Dichos ingredientes enriquecerían la comprensión de su figura: su rechazo al valimiento —por sus aciagos recuerdos de Godoy— o su habilidad a la hora de soslayar las influencias de las potencias extranjeras a comienzos de la «década ominosa» —los deseos de moderación del absolutismo por parte de Francia e Inglaterra—. La más próxima a la sensibilidad de Fernando VII quedaba lejos, en Rusia, mermada además por el repliegue de Alejandro I hacia los problemas internos y su temprana muerte. Por otro lado, permítasenos mencionar de pasada la singular debilidad fernandina por colocar al frente de sus gobiernos a diplomáticos —excepción hecha del duque del Infantado—. Pero el tema principal del capítulo gira en torno a la idea de que, a pesar de que la «década ominosa» fue una de las épocas más agitadas y críticas, la transición hacia el aperturismo, logrado a la muerte del monarca, fue bien planificada y trazada por figuras muy en sintonía con el pensamiento liberal europeo, y que se hallaban insertas en el tejido administrativo fernandino. Dicho proceso y la pugna entre aquellos y los inmovilistas o «calomardinos» presenta no pocas similitudes con la situación del tardofranquismo.

A renglón seguido, el segundo capítulo aborda el período de 1836-39, crucial en la génesis de los partidos políticos españoles y la idea de progreso. Como en la década anterior, el impulso del «espíritu del siglo» u «opinión de Europa» se hallaban muy presentes en suelo hispano. El bipartidismo constituía un concepto vitalizador del sistema parlamentario que se pretendía crear. Los orígenes de las formaciones «progresista» y «moderada» están bastante difuminados. Algo más claro queda su papel en la consolidación del sistema liberal, mostrando sus élites una gran cultura y una sorprendente adultez parlamentaria. Con todo, las pasiones se impusieron no pocas veces a la serenidad y reflexión. Los virajes tendenciosamente extremistas y la ausencia de una base social consolidada del sistema impulsaron el abandono en su momento tanto del Estatuto Real como de la Constitución de 1837. Para bien y para mal, «hábitos y costumbres, mentalidades y comportamientos, segregados y adquiridos por moderados y progresistas en el

lustro o cuatrienio final de la década de los treinta, fueron en puridad decisivos para toda la vida española del futuro» (p. 69).

Si el decenio de las regencias fue de consolidación militar del sistema —frente al carlismo— y la década moderada de afianzamiento institucional y social, el lustro unionista fue un período de «entrañamiento e identificación definitiva de la mayoría del país con el Nuevo Régimen» (p. 80). El autor rescata, por su perspicacia, el paralelismo que Ramos Oliveira y otros tratadistas establecieron entre el régimen de la Unión Liberal y la Restauración Alfonsina, considerando el primero una suerte de «ensayo» de la segunda, pero sin olvidar las diferencias entre ambos. Entre otros asuntos, se revisa uno de los episodios más destacados de la Unión Liberal como fue su política exterior, resaltándose las diferencias de criterios hispanos respecto a los franceses —mostradas especialmente a raíz de los fracasos de las expediciones conjuntas—, así como rectificando la errónea idea del intervencionismo exterior como recurso galvanizador de un espíritu nacional y de partido que se hallara dividido en aquellos momentos. La zozobra de la formación o'donellista acaeció precisamente por su falta de previsión a la hora de percibir la trayectoria de las restantes fuerzas políticas de la nación, creyendo que se bastaba a sí misma. Adoleció del principal defecto que presentan en no pocas ocasiones las agrupaciones con un cariz «centrista» y reformista.

Hasta fines de la centuria decimonónica, la presencia del nacionalismo español y de los regionalismos periféricos supuso un fenómeno de baja intensidad —los segundos no pasaban de aires románticos que enriquecían la pluralidad del mosaico hispano—. Buena parte de los hitos de su andadura inicial habían correspondido al impacto de los hechos de armas de mayor trascendencia de la centuria: la guerra de la Independencia, generadora de un sentimiento patriótico, más que una doctrina nacionalista propiamente dicha; la de África (1859-60), ocasión para la plasmación del deseo expansionista hispano, así como fecha clave del origen del periodismo de guerra contemporáneo y la movilización de masas —el equivalente hispano del conflicto de Crimea—; y los acontecimientos en torno a 1898, gozne secular que incidió decisivamente en el ascenso a un primer plano de los regionalismos periféricos, que poco a poco afirmaban sus postulados nacionalistas. Lo enriquecedoras que resultan estas «notas sobre el nacionalismo español (ca. 1840-1936)», cuarto capítulo de libro, hacen difícil un resumen pormenorizado. Baste, por el momento, con añadir a lo ya dicho el papel del ejército en el fenómeno a comienzos del siglo XX, distanciado del Partido Liberal a raíz del desastre del 98, y que invirtió la jerarquía de su tradicional binomio alzaprando la idea de patria sobre la de religión —no olvidemos el predicamento de anticlericalismo y la masonería en el ámbito castrense, especialmente en los «africanistas».

La consabida cantinela retorna al abordar la sección sobre la época primorriverista, que aguarda la próxima puesta a punto de escasos y aislados pero importantes estudios, en ámbitos como los provinciales o comarcales. La modernización y el crecimiento del país caracterizaron a una dictadura proclive al alejamiento de las bases productivas y sociales de los sistemas de corte tradicional. El despegue y renovación también se manifestó en la generación y tráfico de ideas de viejas y nuevas figuras y organismos culturales —fenómenos como el del «intento de genocidio cultural» catalán quedan matizados—. La sintonía con la nueva realidad europea tras la Gran Guerra se manifestó en aspectos como la política exterior, de pensamientos, medios y objetivos más claros y definidos de lo que comúnmente suele aceptarse. Por el contrario, ninguno de los intelectuales del *establishment* elaboró una bien trabada teoría contrarrevolucionaria, limitándose a glosas aisladas en su pensamiento. El cariz similar al regalismo dieciochesco de las relaciones Iglesia-Estado y las analogías con el laborismo británico al definir las relaciones con el socialismo son otras cuestiones abordadas. Las acciones del régimen predominaron sobre las ideas, acarreado con ello consecuencias tanto positivas como negativas —el callejón sin salida al que se vio abocado finalmente.

La brevedad de comentarios que dedicaremos aquí a los dos capítulos siguientes no equivale a una posible falta de riqueza de sus contenidos, sino muy al contrario. Su imagen controvertida no obedece a la escasez de fuentes o investigaciones como en los casos anteriores, sino a los

enfoques e interpretaciones. La Segunda República, aquel «ensayo general de convivencia tragado por el sumidero de la frustración» ha sido objeto hasta hoy de un cúmulo de deformaciones que van de la gama del negro al rosa, motivadas por el predominio de los maniqueísmos fáciles y el intrusismo de autores carentes de un mínimo de objetividad. Por su parte, el mayor atractivo que posee el apartado dedicado al primer franquismo es la variedad de aspectos de la época que revisita y sitúa en su justo lugar, empezando por la cultura y continuando por la institucionalización del régimen, el estamento militar, la diplomacia, la Iglesia o la vitalidad de una sociedad que trataba de sobreponerse a las dificultades de posguerra. Obligados a no demorarnos en nuestra revisión, remitimos al lector a sus sabrosas páginas en busca de más detalles.

El rezago en la ascensión a los resortes de poder con respecto a sus homólogos europeos ha sido una característica fundamental del socialismo español. No obstante, su primer gabinete monocolor, llegado al poder poco después que su vecino gallo, se mantuvo gobernando durante un período inusualmente dilatado, y propició una decisiva transformación del país y la consolidación de la democracia. El liderazgo de Felipe González tuvo un gran peso en dicha longevidad, así como en aspectos como la diplomacia internacional —anudando múltiples lazos con los principales líderes internacionales—. Paradójicamente, uno de los más desalentadores del período ha sido el de la cultura y la enseñanza, lamentablemente instrumentalizada y malversada en múltiples ocasiones. A pesar de la escasez bibliográfica existente sobre un período abandonado a la politología y el periodismo, el resultado de este último capítulo es más satisfactorio y meritorio de lo que el autor admite en sus páginas.

Los sugestivos planteamientos que se recogen en esta obra pretenden, en suma, iluminar el horizonte de la labor de los investigadores —especialmente los más jóvenes— que hoy roturan las parcelas más descuidadas de la contemporaneidad hispánica. Asimismo, se pone al alcance del gran público un libro asequible y a la vez extraordinariamente útil en la formación de una verdadera conciencia de nuestro pasado. Para finalizar, recalcaremos que el presente volumen se ve inspirado y guiado por las señas de identidad que vienen caracterizando la trayectoria profesional del autor: ecuanimidad, acribia, equilibrio de contenidos e independencia respecto a entes mediáticos, modas pasajeras y criterios de pensamiento al uso; ingredientes que confieren al libro de un enorme valor y una perdurabilidad de «obra maestra», categoría a la que puede inscribirse indudablemente y por derecho propio.